



Sombras del Evangelio

LOS JUECES. — LA MUJER DE PONCIO PILATOS

¿Me comprenderá alguien a través de los tiempos? Bien sé que para muchos será una criatura demente. Para no pocos, un mito. Para otros, una figura rara, difusa, que no merece considerarse. Mi esposo, es posible que tenga vida la historia o en la leyenda, Claudia, si acaso, como sombra enigmática. Y no obstante...

he vivido tan intensamente... que temo no saber... ¡Qué difícil es decir el secreto del alma! Fue mi vida apacible, serena, juventud luminosa, nada sabe de pesares ni desencantos. Me desposaron con Poncio Pilatos, severo, altivo, poderoso. Los años que viví a su lado fueron de fría felicidad. Me rodeaban mármoles, jardines, magnificencias, personas como ellas frágiles, insensibles. Pero yo no lo sabía. Vivía la vida, ignorando su sentido.

Dentro de las leyes romanas, Pilatos era tan buen esposo como un excelente magistrado. Nadie diría en aquel tiempo otra cosa.

Le amé con cariño sumiso, que al convertirse en desprecio, como un rosal seco, del que sólo quedan las punzantes espinas.

Los años eran el prolongado cortejo de afanes satisfechos y preocupaciones, que yo compartía sonriendo, ya que la vida se ofrecía en su sencillez. Me dormí en su regazo en ignorante felicidad, que juzgaba indestructible. Ni presentía ni añoraba. No he sido nunca de aquellas mujeres intrigantes, dominadoras, que señala Cecilia Serrano como de influencia perniciosa, ni de las que ambicionan honores mundanos, ni de las que acuden a los campamentos con gesto varonil, de las que pasan en liviandades sus horas.

Sólo he sentido el orgullo de ser romana, de pertenecer a tan noble y superior raza, predilecta de los dioses. Pero ignoraba que sin saberlo, instrumentos ciegos del juego contradictorio de fuerzas ocultas, poderosas, que combinan secretamente los destinos humanos. Partimos para Judea. Mi marido, orgulloso de su alto cargo de gobernador de aquel territorio.

¡Qué lejos estaba de pensar que el poder de Poncio Pilatos dejaba una estela sangrienta!

Llegamos al extraño país, torvo, inquietante. Difícil de captar los moradores ocultaban su perenne rebeldía, se miraban entre ellos con disimulada amargura. Los soldados romanos, cubiertos de bronce, con amplios escudos y cascos labrados, arrogantes, soberbios, despreciaban el odio que irradiaban las pupilas hebreas. Me inspiraba curiosidad aquel pueblo abatido, pero no dominado, ansioso de perpetuarse en su decadencia. Herederos de una raza caduca, que hacen vivir retraídos, falaces, con gesto tímido y corazón huronado.

Entre ellos hablaban de sucesos incomprensibles, a los que no podía dar crédito. Citaban nombres antiguos, profecías olvidadas, tan confusas a veces, que sus sacerdotes discutían sin ponerlos de acuerdo.